

PROBIDAD LITERARIA

De un estudio del doctor Luis María Mora tomamos los interesantes fragmentos que siguen.

La formación del estilo en los escritores esclarecidos no es obra de un día, ni dádiva única de la naturaleza; no es tampoco el producto espontáneo de cierta manera de ver y sentir las cosas; a la vez que de salientes condiciones psicológicas, proviene de la meditación, del estudio y de la seducción de los grandes modelos. Pero no hay que confundir el inimitable estilo de los más elevados pensadores con la pueril extravagancia de los que, a favor de ella, aspiran a recibir los efímeros aplausos del público iletrado. La popularidad no es diosa cortejada por los espíritus selectos. El aplauso de las multitudes debe reservarse a los oradores políticos, ansiosos del mayor número de sufragios anónimos. «Odi profanum vulgus et arceo,» dijo Horacio, y a fe que hablaba como artista.

¿A qué se debe el incomparable estilo de un Manzoni, de un Francisco de Sales, de un Luis de Granada? Es que esos hombres han pensado mucho. A menos que se crea en el poder omnipotente de la imaginación y de la inspiración irreflexiva, tenemos que admitir la lenta elaboración de las ideas. Hay que interrogar mucho este vario y prodigioso mundo de cosas que nos rodea. Acontece que algunas de éstas pasan sobre el alma como la sombra de un ave sobre las aguas; otras penetran lentamente en nuestro interior, y otras en él hacen su morada definitiva. Las ideas que se hacen carne de nosotros mismos son las que nos pertenecen, las que constituyen la fuerza directa de nuestra existencia y la última razón de nuestro criterio.

¿Puede haber un hermoso estilo sin ideas claras, luminosas, y determinadas? Sería lo mismo que edificar un templo sin cantos de piedra, producir un paisaje sin colores, una sinfonía sin sonidos, un poema sin palabras.

En la formación adecuada del estilo literario entra además como cosa indispensable el conocimiento de la lengua materna. Sin el estudio constante del idioma patrio, en los patriarcas de la literatura, es imposible alcanzar la palma de los maestros ilustres. Cada palabra es una piedra preciosa que tiene un origen más o menos noble y distante, y que pulida y embellecida por el uso y el tiempo, refleja múltiples cambiantes en sus numerosas facetas, y en cada caso particular reclama en el discurso su puesto de honor. Los que no conocen de un modo reflejo la lengua en que escriben (somos los más), o apenas tienen de ella el conocimiento intuitivo, no es posible que lleguen como escritores a la cumbre ambicionada. Más o menos tarde engrosarán el torrente de las multitudes sin nombre. La posteridad sólo recoge en sus arcaes misteriosas lo que ha tocado una vez profundamente el corazón humano o ha hecho brotar una súbita luz en el entendimiento, a través de las vicisitudes del tiempo. En la literatura, como en la política y las ciencias, hay que tener una virtud por excelencia, «la probidad,» y sin el conocimiento de la lengua propia, no puede haber probidad literaria.

El libro que más llamó la atención el año pasado fueron los *Sueños* de Luciano Pulgar, y puede asegurarse que el éxito de librería alcanzado por ellos es casi único en los anales de nuestras pobres empresas editoriales. ¿A qué se debe tan sorprendente resultado? A la probidad científica y literaria de su autor. Una docta y ejercitada pluma es a la vez ariete y fortaleza. No

ha habido quizás en Colombia un hombre más perseguido que don Marco Fidel Suárez. Un hado funesto sigue sus pasos, según los *Sueños*, con algo así como la sombra del manzanillo. Pero no todo ha sido tenaz pesadilla en su vida. Dotólo la naturaleza de un talento claro y agudo, y una fisonomía dulce y simpática le granjeó cariñosos valedores desde su niñez. Tuvo en su mocedad eficaces mecenas y en ningún tiempo le han faltado admiradores. Puede contar sus triunfos por las páginas que ha escrito; jamás tal vez se ha visto derrotado por los que en campo de honor han medido sus armas con él. Lo que sí sale verdadero es que en los últimos años de su larga carrera política ha sido víctima de las euménides, y eso sí resulta un tanto medroso.

.....

Pero una cosa es el político y otra el escritor. No más de veinticuatro años tenía cuando presentó a la Academia colombiana sus *Estudios gramaticales* y ya era un maestro, en la propia acepción de la palabra. Nadie puede darse bien cuenta del inmenso caudal de su erudición en diversas provincias del saber humano, y gracias a las euménides, las cuales pusieron la péñola en las manos del anciano filólogo, podemos gozar algo de los ricos frutos que ha allegado en su escondido y ubérrimo huerto. En los escritos del señor Suárez menudean atrevidas ideas, expresadas con suma modestia, sobre todo en puntos teológicos, las cuales deslumbran y sorprenden el espíritu, y en esto creemos descubrir algo del alma inquieta de Pascal; y hay también en los *Sueños* el sabor agrídulce de ironía del doliente y también perseguido geómetra de *Las provinciales*. Su lenguaje puro, noble, digno de las mejores páginas de Granada, logra lo que sólo alcanzan los príncipes del habla castellana: sacar de sencillos medios inesperados efectos.

El señor Suárez ha vapulado, en algunos puntos de los *Sueños*, a los doctores enemigos de la gramática a la cual confunden con los manuales baratos de la enseñanza secundaria. La gramática no es eso. Es, más que todo, el sentido íntimo e inexplicable del aire y el color de nuestro idioma; es el conocimiento de sus recursos y fuentes, de sus refranes, de sus modismos, del prodigioso número y variedades de sus vocablos, en una palabra, del genio de la lengua. La probidad literaria no se compadece con el gabacho de ahora ni de tiempo alguno. En ninguna nación quizás se han dicho tantos disparatos sobre la gramática como en Colombia. Algunos políticos han creído ver en el arte de hablar bien la causa de nuestras largas desventuras; hay una joven escritora, de nombre dulcísimo, a la cual se le crispan los nervios, dicen, cuando le hablan de la gramática. ¡Arte infortunado, a quien también odian las niñas bellas!

La probidad literaria exige de nosotros sinceridad y verdad. La primera de estas cualidades es la que produce el sin igual encanto de los escritores españoles del siglo de oro, sobre todo el de los místicos. Cuando santa Teresa nos hace recorrer con ella *Las moradas*, sentimos que todo lo que nos dice la ilustre doctora arranca de las fibras más hondas de su corazón, y su lenguaje, el de una niña y un ángel, es manantial purísimo cuyo origen se esconde en el vergel más florido de sus sentimientos. La verdad es lo que buscamos en los escritores grandes y pequeños. Es ese el pan con que queremos nutrirnos, y si él falta en los libros, de nada nos sirven nuestras largas horas de vigilia. La verdad, o por lo menos el deseo de buscarla en las cosas y en nosotros mismos, entre el confuso vaivén de nuestras sensaciones, es la marca de fuego que hace duradero el pensamiento de los hombres de genio.

No hay norma del lenguaje ni ley de la lógica ni del pensamiento que no viole el «arribismo literario.» La verdad, la sinceridad, el decoro del idioma, los fueros de los vocablos, todo es letra muerta en la nueva jerga incomprensible para los no iniciados en ella. Es ésta la inmediata consecuencia de la improbidad literaria. Es preciso sobresalir pronto, no por el brillo y por los quilates de las ideas, sino por la altisonante y fácil garrulería. El verbalismo reemplaza los conceptos de las cosas. No hay falta de palabras para expresar nuestras ideas, sino total carencia de ideas para darles firmeza y valor a las palabras. Este arribismo literario no anda solo: lo acompañan el arribismo social y el arribismo político, el cual ha llegado a ser una audacia comercial de excepcionales ganancias. Nuevos profetas de encrucijada les anuncian a los partidos lúgubres presagios; apóstoles sin camisa anuncian la buena nueva. La loca temeridad es el ambiente en que nos movemos y somos.

Como una prueba de nuestro verbalismo, nos basta recordar que una vez tocó una ballena en nuestras costas del Pacífico, huyendo quizás de los traidores arpones de los pescadores del Norte. Un diario dio cuenta de la inesperada visita del «gran cetáceo» (así lo llamé por perifrasis), y en seguida todos los escritorzuelos de la capital y de las provincias se hicieron lenguas hablando del «gran cetáceo», sin saber que se trataba de una ballena perdida en la inmensidad del océano. «Esto es lógico», decía una sirvienta que nunca habrá sabido la existencia de una disciplina intelectual que en sí misma es una ciencia y el pórtico severo que sirve de entrada a todas las otras ciencias. ¡Así es de significativo el vocabulario del idioma nuevo!

Tenemos el saber por adarme y la vanidad por to-

meladas. No es la modestia el más precioso ornamento de la juventud. Los «ultraístas,» los «momentanistas» (IDios Santo!), con su cortejo de exóticos dibujantes gráficos, han acabado por cambiar de un golpe toda la faz de la literatura y del arte. Con ellos empieza una nueva época, un mundo nuevo, y con tal que ellos perduren, nada perdería la belleza, aunque desaparecieran de todas las bibliotecas y museos los modelos de insuperable hermosura que han sido el vigoroso alimento de los espíritus superiores durante más de veinticinco siglos. Habladles de los inmortales creadores pasados y os volverán la espalda. A Rafael lo han vencido los impresionistas, y los cubistas a Fidias, Miguel Angel y Rodin. Como los últimos devotos del paganismo en tiempo de Teodosio, podemos exclamar: los ídolos se van! los dioses han muerto!

Nuestro orgullo lusitano no conoce límites, y nos preciamos de tener profesores de ironía que en finura y sutileza de espíritu superan a Erasmo de Rotterdam; han surgido nuevos parnasianos nuestros que sobrepujan a don José María de Heredia en desesperante perfección clásica e impassibilidad helénica. Al que escribe con cierta soltura y sencillez le damos el nombre que asignaba el Crisóstomo a los que exprimen la más rica miel de los pensiles áticos, y a los poetastros que destrozan los bellos símbolos de la mitología griega los equiparamos con Hugo Fóscolo o Chenier, los cuales en compañía de las ninfas y las gracias bebieron agua pura en los cántaros del Cefiso. Queremos imitar, no lo mejor sino lo último, y nuestra actitud simiesca nos exhibe en muy cómicas posturas. Somos como la vieja de Larra, y creemos estupendas novedades literarias lo que ya hace mucho arruinó la sabia crítica por falso, y más que la crítica, el paso demoledor de nuevas modas. Sólo es

bello lo que siempre es bello. Es que nos falta la medula de león de los estudios serios, y por ello hemos perdido la probidad literaria, sin la cual continuará ganando en hojarasca la vacuidad de nuestros discursos, la miseria de nuestros poemas.

Parece que viviéramos en la florida época del renacimiento ilustrado por los Medicis. Nuestro lenguaje ordinario es hiperbólico y ditirámico. A los consejeros municipales de villorrio los llamamos «ediles»; a los poltrones congresistas, «padres conscriptos.» Hubo en Bogotá un teatrero de madera, que recibió, como el de Flavio, el nombre de «coliseo,» colosal. A los jefes de nuestras facciones políticas los titulamos «epónimos»; el pequeño salón de actos de un colegio se denomina el «paraninfo» de la universidad. No tenemos una, sino muchas. Francia se contentaría con la de la Sorbona; el Reino Unido con la de Oxford o la de Cambridge; Alemania con la de Heidelberg. Nosotros, además de la Universidad de Bogotá, tenemos las de Cartagena, Medellín, Popayán y Pasto.....

A la juventud le hemos atribuido lo que en nuestro pintoresco y pomposo lenguaje llamamos un «rictus de displicencia y rebeldía.» No, la juventud no es tal cosa. Ella, que es la eterna primavera en la vida de los pueblos, es, por el contrario, la sonrisa y la alegría. Coronada de rosas se dirige al porvenir con su carga florida de esperanzas; pero no alza sus manos puras para herir las frentes ennoblecidas por los años y el estudio, ni se imagina que con ella, libre de tradiciones y preciosos ejemplos, comienza la república, la lucha y la gloria. Tres generaciones se suceden cada siglo, con el acompasado ritmo de un mar silencioso, y cada una de ellas se enlaza con las precedentes y adoctrina a las que vienen, sin que entre una y otra

haya solución de continuidad. Este necesario encadenamiento es lo que constituye la historia de una nación, sin que haya noble o bajo suceso sin valor, ni enseñanza perdida. El que no sabe obedecer no sabe mandar. No es el tumulto estruendoso lo que engrandece a la juventud, sino la meditación constante sobre los hombres y los acontecimientos, para derivar de éstos fecundas lecciones de probidad y patriotismo.

No es ya Colombia, como quizás fue en otro tiempo, un brillante faro de poesía y ciencia cuya luz alcanzaba hasta nuestros hermanos del Pacífico austral. Ni un Rufino José Cuervo, ni un Ezequiel Uricoechea, ni un José Triana llevan a lejanas universidades la antorcha de nuestros conocimientos. El periodismo es lo único que progresa en nuestra república, y su avance, cada día más pujante y floreciente, produjo por contragolpe el naufragio del libro. El año pasado no alcanzaron a una docena los libros de literatura que se publicaron, y en torno de ellos se hizo casi por completo la zona del silencio, como ahora se dice, con perjuicio del pensamiento colombiano.

Pero la constante fanfarria de las recíprocas alabanzas y censuras en que vivimos, no nos deja inquirir la verdad. No queremos dejar huella imperecedera con el apostolado del libro, largamente meditado, cuyo influjo se suele capitalizar con el tiempo, sino la crónica fugaz, que mañana no parece. En medio de nuestras chirimías, atabales y panderos nos creemos el centro de un mundo, por desventura imaginario, y entre tanto que giramos en una inútil danza sin fin, en otros pueblos más prudentes y sabios avanzan, pensándolo y escudriñándolo todo, «las caravanas del futuro.»

LUIS MARIA MORA

Enero de 1926.